

Amarilla

TORRE

Cuentos para pensar

Padres ajenos

Julia Mercedes Castilla

Ilustraciones

Juan Felipe Sanmiguel



Padres ajenos



Padres ajenos

Julia Mercedes Castilla

Ilustraciones

Juan Felipe Sanmiguel

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

D.R. © Julia Mercedes Castilla, 2008

D.R. © Editorial Norma, 2008

D.R.© 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,
alcaldía de Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril 2019

Primera reimpresión: abril 2020

Ilustraciones: Juan Felipe Sanmiguel

Diagramación: Juana Carlos Micete

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61089163

ISBN: 978-607-13-0918-1

Contenido

Capítulo I	7
Capítulo II	17
Capítulo III	27
Capítulo IV	37
Capítulo V	49
Capítulo VI	61
Capítulo VII	69
Capítulo VIII	77
Capítulo IX	85
Capítulo X	95
Capítulo XI	105
Capítulo XII	115
Capítulo XIII	125
Capítulo XIV	133

Capítulo I

Marisol sostiene la fotografía contra su pecho mientras mira por la ventana del autobús que se la lleva del lugar y de la familia que ama. A través de las lágrimas que cubren sus ojos, se queda mirando a su abuela y a la tía Filomena —a quien todos llaman tía Filo— que todavía lloran y la despiden con la mano desde la calle. “No me quiero ir”, murmura al devolverles el ademán de mano. Pero el autobús ya está en camino y no hay manera de retroceder. Tiene por delante una larga jornada que la llevará a vivir con sus padres a Santiago de Chile.

Marisol trata de traer a la mente los rostros de las dos personas que debe querer más que a cualquier otras, pero no logra hacerlo. El miedo se aferra a ella con furia. Vagamente recuerda a una

mujer delgada que visitó la casa de su abuela en el pueblo varios años antes. Le dijo que era su madre, pero Marisol no le creyó.

Deja que la fotografía resbale sobre su regazo y fija los ojos en ella. Lita —abreviatura de “abuelita”—, se la dio en la estación. Marisol se limpia los ojos con la mano y observa el retrato. Mira su imagen, su pelo oscuro y largo que enmarca su rostro sonriente; la rodean Lita, tía Filo, Arnuldo, su primo de nueve años, y Anita, la hermana menor de Arnuldo.

Hace unas semanas, Lita recibió una carta y le dijo: “Tus padres ya tienen la posibilidad de sostenerte a ti y a tu hermano Eddy, quien nació en la capital. Ellos quieren que tengas una buena educación y darte lo que ellos no tuvieron aquí”.

“¿Eddy? ¿Qué clase de nombre es ese?”, murmura Marisol. Ella nunca había oído que alguien se llamara *Eddy*. “Debe ser un nombre extranjero”, pensó. Cerca de cumplir sus trece años, Marisol no está de humor para conocer a unos padres que la dejaron al cuidado de su abuelita cuando era pequeña. Vuelve la mirada hacia atrás y ve desaparecer la figura de Lita, la mujer que quiere como si fuera su verdadera madre.

Después de que su mamá la dejó, Lita le dijo a Marisol que su papá se había ido a la ciudad a buscar trabajo un par de años antes y que pronto enviarían por ella, pero el tiempo pasó y nunca lo

hicieron. Cuando su mamá se fue, Marisol empezó a llamar a Lita *mamá*, pero Lita insistió en que no lo hiciera porque Marisol tenía su propia madre.

“Me voy a bajar en la próxima parada y tomo otro autobús de vuelta a casa. ¿Por qué debo viajar el resto del día, la noche y parte del día siguiente para ir a una ciudad lejana, a vivir con gente desconocida? No, no quiero ir a ninguna parte, mucho menos a un lugar extraño”. Todo esto piensa Marisol; está decidida a devolverse. Guarda la fotografía dentro de las páginas de una revista que le dio una vecina, saca de su mochila un caramelo que su primo Arnuldo le entregó la noche anterior, y deja que se disuelva despacio en la boca. Una hora más tarde, el autobús se detiene. Marisol recoge sus cosas y camina hacia la puerta.

—¿Para dónde va, niña? —cuando le pregunta el conductor baja el primer escalón—. Su abuela me pidió que la vigilara. Es mejor que no camine por ahí. Estaremos aquí sólo unos minutos.

—Abra la puerta. Voy a tomar un autobús de vuelta. No voy a ir a Santiago. Quiero ir a casa. Déjeme ir, por favor.

—Lo siento pero no puedo hacerlo —el conductor mantiene la puerta cerrada—. Vaya, siéntese como una niña formal. Santiago es un lugar muy bonito; seguro le va a gustar. Otros pasajeros están esperando entrar al autobús. Vuelva a su asiento.

Marisol no se mueve. Durante la última hora estuvo planeando qué decirle a Lita. Pensó inventar el cuento de estar enferma, por lo que no puede hacer un viaje tan largo cuando casi no puede respirar; probablemente tiene neumonía. Arnuldo tuvo neumonía dos años antes y estuvo muy mal. Más tarde se le ocurriría alguna disculpa para quedarse en casa por siempre.

—La gente está esperando allá afuera —el chofer se levanta, la toma de la mano y la lleva a su asiento.

Marisol no para de sollozar. ¿Qué va a hacer ahora? La incertidumbre sobre cómo cambiará su vida la asusta. Cuando Lita la llevó a la estación por la mañana, Marisol estaba triste, aunque no le parecía real, pensaba que era una especie de aventura, pero ahora...

—Discúlpeme, ¿esto es suyo? —la voz hablaba con un acento extraño.

Marisol miró a la desconocida parada frente a ella. Era una muchacha joven de cabellos castaños claros y ojos azules que le sonreían.

—No sabía que alguien se iba a sentar aquí conmigo —dice, agarra la bolsa y la pone debajo del asiento.

—Mi nombre es Belinda. ¿Viaja sola? —la joven guarda la maleta en el maletero de arriba y se sienta.

—Sí —Marisol no sabe qué decirle a esta persona que habla raro.

—¿A dónde va? —pregunta Belinda, sin dejar de mirarla con esos ojos azules intensos que ponen nerviosa a Marisol. Nunca había visto ojos de ese color.

—Voy a Santiago. Mis papás viven allá.

—Pero, ¿por qué va...? —le pregunta Belinda confundida.

—Yo vivo con mi abuelita y... —Marisol le cuenta a su acompañante toda la historia—. No quiero irme. Quiero volver a casa —gruesas lágrimas brotan de sus ojos sin su permiso, más rápido de lo que se las seca.

—No llore. Seguro que va a encontrar una familia cariñosa esperándola en la capital. Yo estaba aprendiendo español en Antofagasta y ahora voy de vuelta a mi trabajo en Santiago. A mis padres los transfirieron a Chile hace poco. Yo vine hace seis meses a estudiar en un instituto en Antofagasta, donde vive una compañera de universidad. Soy de Texas.

Hablan por un largo rato. Marisol pone su tristeza y descontento en espera; está demasiado distraída con las historias que le cuenta Belinda. No puede más que reírse de todo lo que le pasó a su nueva amiga por no hablar bien español. Durante un momento, Marisol piensa en su propio dilema; se siente inadecuada para vivir en una gran ciudad. La llamarán pueblerina y quién sabe

qué más. La idea de que la gente se burle de ella no le hace gracia.

—¿Vive en Antofagasta? —pregunta Belinda.

—Vivo en Las Juntas, es una aldea cercana. Seguro que no la ha oído nombrar; es muy pequeña.

—Puede que haya pasado por ahí —Belinda sonríe y saca una revista de su bolsa.

Marisol le devuelve la sonrisa y cierra los ojos. No quiere pensar en nada. Tal vez está soñando y cuando abra los ojos estará en la casa donde siempre ha vivido.

Pero no abre los ojos en su casa. Se quedó dormida y la despierta el ruido de personas moviéndose de un lado a otro. El autobús está detenido y los pasajeros se están bajando.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué se bajan todos?

—Llegamos a un restaurante. Es hora de la cena. Estaremos aquí por un buen rato. Ha dormido por varias horas. ¿No quiere ir a comer y al baño? —Belinda le pregunta mientras se para y toma su bolsa.

—Está bien, me bajo pero como aquí. Mi abuelita me dio comida y sólo tengo unos pocos pesos.

Marisol agarra la mochila y sigue a Belinda. No tiene idea de dónde está y no le interesa saber. El sol empieza a ocultarse y pronto estará oscuro. Una corriente fría le atraviesa los huesos. Mañana llegará a su nuevo hogar, a vivir con padres desconocidos. ¿Por qué la vida es tan impredecible?



Más tarde, en el autobús, Marisol pasa una noche desasosegada. El sabor a empanadas rellenas de pollo y frijoles se devuelve por la garganta en oleadas, mientras trata de dormir. Cada vez que cierra los ojos la asaltan las pesadillas, ve gente hablándole y jalándola en todas direcciones mientras ella lucha por zafarse.

El alba anuncia el amanecer de un nuevo día y despierta a Marisol y sus temores. Lleva tanto tiempo en el autobús que empieza a creer que estará dentro de la panza del vehículo para siempre, por lo que no tendrá que enfrentarse a vivir con extraños.

Belinda despereza su pequeño cuerpo y abre los ojos.

—¿Vamos a desayunar? Estoy muerta de hambre.

Marisol se queda mirándola:

—No lo sé —le contesta.

Marisol saca un par de empanadas de su mochila y camina detrás de Belinda quien ya va hacia la puerta.

—Tengo tanta sed que me bebería tres vasos de agua.

Marisol ya se había bebido hasta la última gota del jugo que Lita le había dado en una botella de plástico. Lo mejor sería gastarse los pesos en un refresco y tal vez comprar un huevo si le sobraba un

poco de dinero. Aunque le gustan mucho las empanadas, ya era hora de comer algo diferente.

De vuelta en el autobús, Belinda arranca una hoja de papel de su cuaderno y anota su dirección y su número de teléfono.

—Llámeme cuando estés organizada. Me encantaría mostrarle la ciudad, aunque seguro que sus papás lo harán —le dice y le da el papel a Marisol.

—Yo no sé mi dirección, pero la llamaré cuando sepa dónde es mi casa.

Belinda dice algo que Marisol no oye; está demasiado nerviosa para continuar la conversación. Cierra los ojos y trata de acallar su cuerpo que quisiera saltar por la ventana. En un par de horas su vida cambiará para siempre.